



¿Quién nos quita de estar con ÉL después de resucitado?

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

San Ignacio, al empezar a referir las apariciones de Jesús resucitado, afirma «*primero apareció a la Virgen María, lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que apareció a tantos otros, porque la Escritura supone que tenemos entendimiento*».

Santa Teresa habla de Jesús ya resucitado, cercano para ella en la Eucaristía, de una forma muy personal y experimental: «buen amigo presente, [...] buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer [...]. Es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero».

En las muchas visiones que tuvo Santa Teresa de Jesucristo, unas veces nos cuenta en sus escritos que lo vio como cuando andaba por este mundo, pero casi siempre lo vio resucitado, pascual, luminoso y lleno de majestad, con la carne glorificada, como está en el cielo.

«Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, si no eran algunas veces para esforzarme si estaba en tribulación que me mostraba las llagas, mas siempre la carne glorificada» (Vida 29,3).

Es verdad que ella dice que de la Pasión de Cristo nos viene todo bien (Vida 13,13), y así lo hemos intentado meditar, pero después de muerto, al resucitar, vence a la muerte y ya no hay que temer porque ya vive entre nosotros. Así lo escucharon las mujeres que iban al sepulcro: «*No está aquí, ha resucitado*» (Lc 24,5). Este es el mejor remedio para la conversión. Cristo ha resucitado y está siempre con nosotros: «*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20). Y vemos cómo la presencia del Resucitado será habitual. Así le parecerá a la Santa, que el Señor caminaba siempre a su lado y era testigo de sus obras.

«Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo, al lado derecho, sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía..., no podía ignorar que estaba cabe mí» (Vida 27,2).

«Pues si todas veces (=siempre) la condición o enfermedad, por ser penoso pensar en la Pasión, no se sufre, ¿quién nos quita estar con ÉL después de resucitado, pues tan cerca lo tenemos en el Sacramento, a donde ya está glorificado? [...] Hele aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos, compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que parece fue en su mano apartarse un momento de nosotros. [...] Con tan buen amigo presente, con tan buen capitán, que se puso en lo primero en el padecer, todo se puede sufrir. Es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero. Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita (Mt 3,17). Muy muchas veces lo he visto por experiencia; hámelo dicho el



Señor. He visto claro que por esta puerta hemos de entrar si queremos nos muestre la soberana Majestad grandes secretos» (Vida 22, 6).

Para Santa Teresa, Jesús resucitado está ya donde «ninguna cosa puede dar pena», como estamos llamados a estar también nosotros algún día [...].

«Os parecerá, hermanas, que a estas almas que el Señor se comunica tan particularmente [...] estarán ya tan seguras de que han de gozarle para siempre, que no tendrán que temer ni que llorar sus pecados; y será muy gran engaño, porque el dolor de los pecados crece más mientras más se recibe de nuestro Dios. Y tengo yo para mí que hasta que estemos donde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará» (Moradas 7, 5, 1).

Dice San Agustín: «No es gran cosa creer que Jesús ha muerto, esto lo creen también los paganos y los réprobos; todos lo creen. Pero lo verdaderamente grande es creer que Él ha resucitado. La fe de los cristianos es la resurrección de Cristo»¹. El misterio de la Resurrección de Cristo es el único capaz de cambiar nuestros corazones y el único capaz de cambiar el mundo en el que vivimos, porque Cristo resucitado sigue vivo entre nosotros. «Porque lo primero que yo os transmití, tal como lo había recibido, fue esto: Que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefas y más tarde a los doce» (1 Cor 15,3-5). La Pasión sin la Resurrección no tiene sentido. En el Credo decimos: «Resucitó al tercer día de entre los muertos». Luego, nuestra fe no es en un muerto, sino vivo, resucitado. Es la experiencia de la Santa.

«Si es imagen, es imagen viva; no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios; no como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado; y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor» (Vida 28,8).

Dice San Pablo: «Jesucristo resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez» (Rom 6,9). Porque nacer, vivir y morir no es gran cosa; lo grande es resucitar después de muerto. Otras resurrecciones que hizo Él mientras vivió en la tierra, como fue el caso de Lázaro (Jn 11) o el de la hija de Jairo (Mc 5,45), terminaron en la muerte, solo Jesucristo ya no muere más. Por esto, tiene sentido la Iglesia, el sacerdocio, la vida religiosa, la confesión, la comunión, la caridad cristiana, etc. porque Jesucristo está vivo entre nosotros «*todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28,20).

[...] La resurrección es el centro y fundamento de nuestra fe. «Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe, ¡pero no! Cristo resucitó de entre los muertos» (1 Cor 15,14). Jesús había anunciado varias veces su muerte y resurrección. Les dice a los discípulos: «subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los gentiles para que se burlen de él, le azoten y le crucifiquen; pero al tercer día resucitará» (Mt 20,18-19). Y también después de la Transfiguración en el Tabor les dice: «No digáis nada de esto hasta que resucite el hijo del hombre» (Mt 17,20). Lo vuelven a recordar los ángeles en el sepulcro: «Acordaos cómo os habló estando en Galilea, diciendo que el Hijo del Hombre había de ser entregado en poder de los pecadores y ser crucificado y resucitar al tercer día» (Lc 24,2-7). También lo

¹ SAN AGUSTÍN, Comentario al Salmo 120.



recordarán los enemigos de Jesús. «Recordamos que ese impostor vivo aun dijo: después de tres días resucitaré» (Mt 27,36). Aún así, hoy, por desgracia, seguimos dando más importancia a la Pasión y muerte de Cristo que a su Resurrección. Es el mismo caso que los discípulos de Emaús, se habían quedado en la muerte y no acertaban a salir del Viernes Santo.

«¿Quién nos quita de estar con Él después de resucitado?, pues tan cerca le tenemos en el Sacramento, adonde ya está glorificado. Hele aquí sin pena, lleno de gloria, esforzando a los unos, animando a los otros, antes que subiese a los cielos» (Vida 22,6).

A veces creemos poco en la Resurrección. Seguimos tristes y llorosos ante los problemas. No ha existido ni existirá contraste más opuesto que el de la tarde del Viernes Santo con la mañana de la Resurrección. La tarde del Viernes Santo hay tinieblas, dolor, traición, humillación, negación, tristeza, llanto, luto, soledad. Un sol que se oculta en el horizonte sombrío y un Dios que muere y desciende a un sepulcro. En la mañana de la Resurrección: luz, alegría, agua, flores, triunfo, bienaventuranza, exaltación. Un sol que nace y brilla en toda la tierra y que se alegra toda ella con un Dios que sale del sepulcro glorioso, y difunde a las almas la paz y la alegría. Somos testigos del Resucitado, y ha cambiado nuestra vida. Esta razón de fe es muy seria y nos exige transformar todo, aunque tengamos que esforzarnos para ello. No debemos seguir en la tristeza del Viernes Santo. Por naturaleza nos cuesta más transmitir tristeza que alegría. Nos cuesta mucho más dar una mala noticia que una buena, por lo que debemos cambiar nuestra actitud, y dar esa buena noticia de que Cristo ha resucitado, y si nosotros vivimos con Él, resucitaremos con Él. La Resurrección no fue improvisada: Cristo lo anunció, y sin embargo, aquella mañana de la Resurrección, casi nadie en Jerusalén lo esperaba.

Esto es una garantía más de que había una gran desilusión, fracaso. No había esperanza, sino tan solo en María, su madre. Después, ya en Atenas: «al oír hablar de la resurrección de los muertos, unos se burlaban, y otros dijeron: "sobre esto ya te oiremos otra vez"» (Hch 17,32). Tampoco estos esperaban vivir como resucitados.

La muerte de Cristo es un hecho del que nadie duda; lo confirman hasta los historiadores profanos, luego los evangelistas, y San Pedro y San Pablo en sus cartas. Los soldados, al verle muerto en la Cruz, no le quebraron las piernas como a otros condenados y, por si no estaba muerto del todo, con la lanzada acabó de morir. El centurión lo declara oficialmente. Ha dirigido la crucifixión y tiene que dar cuenta de que se ha ejecutado la sentencia de muerte. José de Arimatea y Nicodemo piden el cuerpo a Pilato para enterrarlo. A falta de estos testimonios, bastaría conocer los tormentos que había sufrido y la sepultura misma para convencerse de que había muerto. Lo extraño no fue que muriera, sino que pudiera aguantar tantos suplicios. Y después un hecho indudable, el sepulcro vacío: no está el cuerpo, había desaparecido. Se apareció Resucitado: es el Crucificado del Viernes Santo. Él puede mostrar las señales de los clavos en sus manos y pies y la herida de la lanza en el costado; sin embargo, a quienes se les aparece en la mañana no le reconocen. La Santa gozó de ver sus manos.

«Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura que no lo podría yo encarecer» (Vida 28,1).



Ni María Magdalena. Ni Juan, el discípulo amado. Ni los discípulos de Emaús que hablan con Él. Mientras buscan a Cristo, se les hace visible aunque no le reconocen. Basta con el tono de una palabra «*María*», o el signo de la fracción del pan en Emaús, para ser reconocido. Él es quien habla, y se identifica y enseguida le conocen porque necesitaban de aquel consuelo. «*La paz esté con vosotros*» (Lc 24,36). Jesús, al resucitar, recibió el premio a tantos padecimientos y sufrimientos anteriores, su tristeza se convirtió en alegría. Jesús resucitado quiso hacer partícipes de su gozo y alegría a los que habían sufrido tanto con Él durante su Pasión. Es de lógica que guardara cierta preferencia a la hora de aparecerse a los que más habían sufrido; a estos les consolaría antes, cumpliendo la promesa: «*Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*» (Mt 5,5).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!